

hoy escribe

Antonio Alvarez Solís(*)

zelatan

EL AÑO QUE VA A PASAR

El fracaso de los verdes

Ya hace tiempo que había expresado serios reparos en torno al futuro de los «verdes», por tanto sería cínico que me asombrase de su crisis actual. Siempre creí que el ecologismo no puede constituir una postura realizable en sí misma y sin mayores implicaciones con los movimientos históricos preexistentes. El ecologismo no puede moverse casi abstractamente ante la sociedad. La sociedad es hija de un Sistema o modelo organizativo y si no nos place estamos obligados —de querer cambiarla— a postular un Sistema radicalmente distinto o, lo que es igual, a cambiar el modelo. Frente al modelo social que nos displace no es válido apuntar a soluciones ideales en sí mismas, sin implicar al modelo. Es decir, no se puede ensayar una revolución sin salirnos previamente de las grandes coordenadas socio-económicas que definen y constituyen ese modelo. Concretamente, hablar del respeto a la naturaleza equivale o tiene que equivaler a construir una forma nueva de relación social que conlleve automáticamente el respeto a esta naturaleza. Me parece infantil enamorarse del árbol en una sociedad en que la destrucción acelerada del árbol acelera la obtención de beneficios, que es la razón suprema que mueve al sistema social criticado. La forma en que se mantiene o se destruye un árbol nos habla profundamente del cuadro de ideas socio-morales a que hemos de someternos o enfrentarnos. En consecuencia, lo que urge cambiar no es el concepto respecto al árbol sino la postura frente al modelo social, cuya sustitución ha de convocar todos los esfuerzos.

Los «verdes» han hecho mal navegación. Eligieron una tercera vía entre capitalismo y socialismo real. Y la historia nos demuestra a diario, o por lo menos cada cierto y breve tiempo, que no existen terceras vías para hacer la gran navegación histórica. La dialéctica se desenvuelve sobre una afirmación de lo existente y una negación —no dos— frente a ello. Por tanto las terceras vías promueven un adulterado camino de sustitución, con lo que prolongan la vida del sistema establecido y el vigor de los intereses dominantes. Hoy por hoy frente al capitalismo como sistema no hay otra cosa que el socialismo como sistema. Un socialismo real, verdaderamente. La his-

toria de la humanidad constituye un largo proceso dialéctico en que a la afirmación establecida —única— no cabe oponer más que la negación radical, también única. Una sola negación, porque la negación es sustancia política-filosófica que no admite modalidades. Más aún, parece que la historia humana se reduce a un permanente proceso en cuyo seno al sistema imperante y creador de moral se opone un modelo alternativo y cargado de intenciones morales de contrario signo. El hombre afirma en una sola dirección o niega en una dirección también única. Luego, sobrevenido el cambio se repite la operación y el nuevo sistema establecido es vuelto a ser negado radicalmente. Ocurre sin embargo que todo sistema establecido crea, para intentar su pervivencia más allá de los límites que le son posibles, una serie de ilusiones que magnifican en cierto modo a la oposición destructora. Entre esas ilusiones figura la ilusión de la pluralidad. El sistema vuelve a recurrir a la pluralidad en su seno cuando estima que no puede sostener su dominación por medio del dogma que le corresponde. Como parece obvio, esa pluralidad se mueve, inevitablemente, entre las líneas fundamentales del sistema y sus manifestaciones confluyen siempre en el polo magnético de tal sistema. Se es plural para seguir integrado, jamás para sustituir. La sustitución demanda una postura de negación radical y absoluta y, como tal negación, no admite grados o modalidades por constituir un acto simple, una petición ontológica de otra forma de ser. Los ecologistas no participan de esta teoría de la negación simple o revolucionaria, de dimensión única por tanto, y prefieren verse como una propuesta anti-sistema dentro de la pluralidad de posibilidades. Más aún: los ecologistas se empeñan en la negación de las dimensiones adjetivas o perversas del sistema dominante sin querer entrar en la negación total de ese sistema. Con ello pretenden construir un mundo distinto sin crear ex-novo los grandes universales que articulan todo modelo social: la libertad, la igualdad, la justicia, el beneficio... En una palabra, los «verdes» han intentado algo parecido a lo que el presidente Kennedy llamó «Nueva frontera», o lo que es igual, un

artilugio moral que pretendía reconducir el sistema establecido hacia un horizonte moralmente aceptable mediante la sola conversión personal de sus individuos. El asesinato de Kennedy tiene más que ver con esta inútil invención que con cualquiera otra cosa. El sistema temió que la iniciativa presidencial lograra una efectiva revolución sin pasar por la destrucción del sistema. Temor inútil que llevó a una muerte asimismo innecesaria. La «Nueva frontera» hubiera caído deshecha bajo su propio peso y sobrecarga de imposibles y contradicciones insalvables.

Yo creo que los «verdes» están cayendo deshechos al pie mismo de su imposible empresa. Los «verdes» se niegan tenazmente a admitir la dialéctica histórica, tal como ha quedado planteada, en la que el capitalismo y todas sus afirmaciones son negados desde el socialismo real, con todas sus contradicciones. Los «verdes» quieren salvar del viejo edificio capitalista cosas y dimensiones que no pueden ser rescatadas en el fragor dialéctico de la gran operación revolucionaria sin poner en peligro la posibilidad misma de la revolución. Históricamente el socialismo ha nacido para dar forma a la negación totalizante frente al sistema establecido. Y como ya hemos dicho esa negación constituye una pretensión ontológica —y negadora de la otra ontología— que no admite gradaciones, matices ni modalidades. El socialismo niega lo que tiene enfrente y, por tanto, se está con él o se perece en el engañoso juego de la pluralidad. Volviendo al principio de la imagen arbórea diría ahora, y llegados a este punto, que la vida del árbol presupone nada menos que el cambio del modelo social, si el modelo de árbol que queremos es verdaderamente innovador. Porque si el árbol es concebido tan sólo como adjetivo de un género de vida establecido habremos de llegar a la conclusión de que el salvamento del árbol hay que pretenderlo por otra vía más modesta y con un destino irrelevante. Si pretendemos tan sólo que el árbol adorne la vida sin alterar el sistema convendremos que estamos hablando del árbol que orna la existencia del poderoso.

(*) Escritor

Harri aroa

Erdal irrati kronikaria, famatua da oso. «EE»ren ingurukoa da. Eta entzulerik ez zaio falta, egia esan. «Progre» fama bildu zuen frankismoaren garaian. Eta irratiari ona denez, gogaide ez dituen askok, tenore horretan horberik ezean omen, aditu egiten dute goizero.

Hots, joan den astelehenean, Elgoibarko gertakariak mintzo zelarik, hone-latsu bukatu zuen bere predikua. «O vamos hacia una sociedad civilizada, o volvemos a la Edad de Piedra».

Eraso mota ez da batera berria: gerla aurreko «psoe-zialistek» ere, «cavernícolas» deitzen baitzituzten garai hartako aberzaleak; eta harpeetako bizi-modua, jakina denez, Harri Aroari baitaxtekie.

Baina goizeko kronikaria, behin eta berriz, nazio-arazoarekin topo eginez gero, kamuts agertzen. Zeren-eta, zergatik gertatzen dira hemen, eta ez han, aspaldidanik gertatzen direnak? Zergatik ez dago «bortizkeri» girorik Murcian. Limogesen edo Leydenen?

«Bortizkeria» handia dago, alderantziz Palestinan, Irlandan, Sri Lankako tamildarren artean, Kurdistan osoan, eta Guatemalako mayatarren artean. «Bortizkeri» giro bera egon zuen, bestalde, orain dela urte batzuen, Aljerian, Viet Namen eta Kenyan. Zergatik?

Egoera desberdinak dira, jakina. Nabarmen dago, ordea, horietan guztietan inperialismo arrotzaren zampaketa egon dela.

Kronikariari, beraz, hau proposa dakioke: «O vamos hacia la autodeterminación del pueblo vasco, o seguimos en la Edad de Piedra de la ley del embudo».

«Exacerbación de los particularismos», diote batera progreek eta retroek. Baina gauzak horretara, Jean Moulin, «particularista» amorratua besterik ez zen.

Ala, Gobineau-ren ildotik, geure kromosomak kutsaturik dauzkagula erantzungo ote zaigu?.

TXILLARDEGI

hemeroteca

Bananas a la vasca

José Luis Gutiérrez, «Diario 16», 11-6-88)

La pregunta que flotaba en el aire ayer, ¿quién en San Sebastián, era ésta: si estos procedimientos bananeros, antidemocráticos, abyectos, se utilizan contra los propios compañeros de partido, ¿qué no serán capaces de hacer contra los partidos rivales? No es extraño que, nuevamente, miembros de la oposición sospechen de la manipulación del censo electoral, a la luz de las tarjetas recibidas por los electores, de las que, misteriosamente, el colegio electoral y la mesa han desparecido.

¿Quiere esto decir que toda la razón le asiste a Damborenea y a sus seguidores? P.e., supuesto que no (...). Sin embargo, estas prácticas bochornosas del «puerco», la banana / el juego sucio, ya le han arrebatado, irreversible y definitivamente, gran parte o acaso toda la razón a los representantes del «aparato oficial».

Los episodios han sido tan desca-rados que ni siquiera ya los hombres más cualificados de Benegas se atreven a negar la existencia de tan sucia maniobra. Esta es la explicación de un importante dirigente oficial: «No tuvimos más remedio que hacerlo, porque si Damborenea se

hace con la comisión de candidaturas, que es listo, hubiera pensado tal follón, que el congreso posiblemente hubiera tenido que suspenderse...»

Misiles por ministros

(Basilio Rogado, «Colpisa», 11-6-88)

Nos asombramos porque se han reunido en Madrid los ministros de Exteriores de los 16 países de la OTAN, además de lord Carrington, secretario general de la Alianza Atlántica, y del secretario de Estado norteamericano, George Shultz, para participar en la primera reunión en España del Consejo Atlántico. Si analizamos precisamente eso, que es la primera vez que se celebra en nuestro país, comprenderemos que no debemos sentirnos el ombligo del mundo, porque estos señores están hartos de reunirse más allá de los Pirineos.

Pero no está mal, por supuesto, que mientras nosotros les mandamos los F-16 a Italia, con misiles incluidos, la OTAN nos devuelva el «favor» enviándonos a sus ministros a parlamentar en España, a comerse nuestro jamón y a beberse nuestro vino. Al menos los mil periodistas llegados de todo el mundo han sido

recibidos por los organizadores de esta «sesión de primavera» con botellas de vino y folletos turísticos sobre España, Madrid, el cava catalán y el Fútbol Club Barcelona. Y si eso ha sido a los informadores, imaginen a los políticos.

El caso es que ya los hemos tenido aquí. Y como según el Gobierno del PSOE no estamos integrados en la estructura militar de la OTAN, parece que vinieron con más ganas de hacer el amor que la guerra.

Miedo

(Rosa Montero, «El País», 11-6-88)

Una creía que esa atmósfera ax-fisante, esa confusión entre el poder espiritual y el represivo, se

había disipado ya, afortunadamente, en la normalización de nuestras vidas. Pero hete aquí que acabo de recibir una conmovedora carta. La firma una mujer de letra mordida por la edad, y me pide que hable sobre el impuesto religioso. Y explica que muchos tienen miedo a negarse a pagar para no verse identificados como contrarios a la Iglesia. Es una carta que rezuma angustia y la misma indefensión de quien teme ser condenado a 40 años de misas. Por lo menos.

Sí, por supuesto, la mujer debe ser mayor, y su temor actual probablemente no sea más que un residuo de tiempos pretéritos, una traumática condensación de la memoria.

Pero por otra parte, ¿quién sabe lo que puede suceder en los pueblos, la presión social de los sitios pequeños? Anda ahora la Iglesia, o su dorada cúspide, en plena ofensiva guerrillera. Y la campaña en pro del pago del tributo se entremezcla con el restallar del látigo del dogma. Destituyen a teólogos, despiden a directores de revistas, la línea dura está triunfando. Ruge la Iglesia más siniestra, la negación de la Iglesia, del ancestro inquisitorial.

Quien sabe: entre el derecho a la propia fe y el derecho al descreimiento, ambos irrefragables y legítimos, hay una fisura en la que, tal como están las cosas, quizá quepan aún la represión y el miedo.



«Deia»